

CICERONIANISMO Y LATÍN RENACENTISTA

In this paper the author tries to delimit the concept and meaning of «Ciceronianism» in the field of Renaissance Latin. Ciceronianism is the most rigorous expression of the Renaissance mind, i.e. the programme, which qualified for writing latin correctly, was based on the imitation of the best user of the latin language: Cicero (or his contemporaries, for lack of ciceronian examples). On the other hand, the peculiar characteristics of ciceronianism coincide with those of Renaissance Latin and consistently they can be found in any humanist, including Erasmus.

0. *Introducción*

Con la expresión «latín renacentista» nos referimos al «neolatín» de la época llamada del Renacimiento o etapa cultural que comprende los siglos XV y XVI.

Términos tales como *neolatín*, *latín de los humanistas* y *latín renacentista* han sido utilizados como sinónimos, si bien el primero es el adoptado desde el *Second International Congress of Neo-Latin Studies* (Amsterdam, 1973) y por los Estatutos de la *International Association for Neo-Latin Studies*, comprendiéndose con esta denominación «all writings in Latin since the beginnings of Italian Humanism in about 1300 A.D.»¹.

¹ Jozef Ijsewijn, *Companion to Neo-Latin Studies*, North Holland Cny., 1977, p. vii.

Pretendemos reservar el título de *latín renacentista* para el de aquellos humanistas que, efectivamente, manifestaron la voluntad de, por encima de todo, *hacer renacer*² lo que ellos creyeron *sepultado por la barbarie*, e intentaron *restaurar* la gramática (que incluía la retórica)³, que durante tanto tiempo se habría olvidado. Esto, probablemente, sea común a todos los humanistas de la época llamada del Renacimiento, pero, como veremos, el afán «restaurador» chocaba, a veces con normas de estilo oficiales (e.g. de la curia romana cf. más adelante n. 83 el caso de Guarino de Verona) o bien con las necesidades de comunicación y de agilidad del vehículo de expresión culta que era el latín. El afán *renacentista* o *restaurador* parece dominar las dos centurias citadas (e incluso el s. XIV).

El latín renacentista comienza caracterizándose, pues, frente al latín medieval; esto es, como una rebelión ante la gramática que han aprendido en la escuela y que, inconscientemente, seguirá alimentando su «nuevo» sistema.

1. *Carácter escolar*

Que el latín se aprendía en la escuela (en la época de la que hablamos, claro) es una premisa que no debe olvidarse en ningún momento. Esto es válido, naturalmente, también para el latín medieval, lo que ha sido magistralmente puesto de relieve (recientemente) por Dag Norberg⁴.

² Si bien es cierto que el término *renacimiento* es bastante posterior (comienza a aparecer en la Francia del XVII, cf. B. L. Ullman, «Renaissance the Word and the Underlying concept», *Studies in the Italian Renaissance*, Roma 1973², 11-26, especialmente 24 ss.), expresiones tales como *litterae renascentes* son contemporáneas del movimiento.

³ En efecto, el ideal de un humanista es conseguir *latine loqui*; lo que se consigue tras haber logrado *grammatice loqui*. *Latine loqui* comprende, naturalmente, dominar todos los procedimientos que describe el arte de la retórica. Cf. Fco. Novella, *Breves Rhetoricae Institutiones. Valentiae* 1641 (cit. por J. Rico Verdú, *La retórica española de los siglos XVI y XVII*, Madrid 1973, p. 159): «como afirma Ludovico Carbone: *licet Latinitatis initia traduntur a Grammatico, tamen perfecta, et absoluta puraque Latinitas ab his traditur, qui Rhetoricam docent*.

⁴ «Latin scolaire et latin vivant», *ALMA* 40, 1977, 51-63.

En efecto, este carácter escolar del latín medieval y renacentista va a condicionar muy severamente el método de estudio utilizado. En concreto: un método objetivo de análisis de los hechos de habla (la producción escrita, en este caso) no sería suficiente para lograr abstraer y describir su *sistema*, porque mientras «les anciens se sont servis d'une langue qu'ils avaient apprise la plupart du temps dès le berceau, une langue qui était le patrimoine commun de toute la population et dont la forme écrite s'appuyait sur l'usage courant et vivant de tous les jours. Au Moyen Age, en revanche, le latin était exclusivement une langue savante, réservée à une petite élite qui avait eu l'avantage de pouvoir l'apprendre à l'école et qui se distinguait ainsi de la grande masse illettrée»⁵. Contamos sin embargo, con *descripciones del sistema* del que parten, esto es, la escuela (gramáticas, retóricas, léxicos, etc.) en la que lo aprendían. El estudio de la escuela —que llamaremos método subjetivo, siguiendo a Sabbadini⁶— se revela como necesario y prioritario no sólo para el conocimiento de la lengua en sí, sino para los estudios de crítica literaria. El propio Norberg ejemplifica sobre un estudio de poesía latina medieval⁷, en el que las formas pronominales de genitivo *mis*, *tis* son interpretadas como un intento de «conferir à ses vers un accent particulier de noblesse»⁸; el estudio de la escuela revela que los medievales podían escoger libremente entre las dos alternativas *mei/mis*; *tui/tis*, según las necesidades de la versificación, por lo que «il est absurde de croire que *mis* et *tis* avaient une couleur archaïque aux yeux des médiévaux»⁹.

⁵ Norberg, *op. cit.*, p. 51.

⁶ En efecto, la insuficiencia de un método objetivo para el estudio de una lengua escolar ya fue advertida por R. Sabbadini en su *Storia del Ciceronianismo*, Torino 1885, p. 5, cuando dice que la historia de la influencia de un autor puede investigarse de dos formas: una, analizando y cotejando los estilemas, frases, construcciones y léxico peculiares del autor estudiado con las del presuntamente influyente; pero «a questa prova nessun umanista resiterebbe, perchè nessuno si troverebbe essere oggettivamente ciceroniano». Como alternativa propone un método *subjetivo*, consistente en «esaminare dall'un lato il principio stilistico che ogni autore si forma, il modo con cui intende la imitazione, la intenzioni particolari, personali che egli vi porta; dall'altro lato i giudizi de un umanista, specialmente se contemporaneo o di poco posteriore, sulle qualità stilistiche dell'altro».

⁷ M. G.-G. Undhagen, «Un acrostiche en l'honneur de S. Brigitte de Suède», *Eranos* 67, 1969, pp. 81 ss.

⁸ Norbert, *op. cit.*, p. 52.

⁹ *ibid.*, p. 53.

En el caso del latín renacentista, estas inconveniencias de método puede resultar incluso mayores, dado que la diferencia entre «la lengua de todos los días» —que ya posee una floreciente literatura— y el latín —para el que se propone como modelo a los autores clásicos— se acentúa hasta el punto de llegar a ser consideradas distintas por sus mismos usuarios (y no como variante *vulgar* la una de la otra).

En este sentido, no habrá que apresurarse a sacar la conclusión de que las confusioines de grupos *ti*, *ci* + *vocal* (e.g. *fidutiam*, *nuncium*)¹⁰, suponen una identidad de pronunciación. Francisco Sánchez de Las Brozas, por ejemplo, escribe *concionator*. Asimismo —en palabras de E. del Estal— «como características del texto [sc. *Minerua*, edición de 1562] hay que destacar las frecuentes faltas de *e* por *ae* y *ae* por *e* (...). Especial atención merece el caso de la *t* y la *c*. Casi siempre se usa *c* por *t* (...). El Brocense nunca corrige la falta y también la comete en las notas manuscritas»¹¹.

Lo anterior podría llevarnos a concluir como causa la *identidad de pronunciación*; sin embargo, sabemos que el Brocense enseñaba que: «los diphthongos han de sonar sus dos letras enteras en un sonido, i como decimos *vais*, *andéis* [...] así se ha decir en Latín *magnae*, *petrae*, muy diferente de *magne*, *petre* [...]. Sonamos *Cicero*, auiendo de sonar *Kikero* [...]. *Ta*, *te*, *ti*, *to tu*, se diga siempre, aunque tras la *ti* se siga vocal, vt, *gratia*, *justitia*»¹².

En consecuencia, cuando el Brocense escribe *concionari* es muy probable que pronunciara */konkionaril/*. ¿De dónde entonces la grafía con *c*? De la etimología, probablemente. En este caso concreto, he ahí la respuesta que nos da A. Sempere:

Concio a *Conciendo*, hoc est, a *conuocando* uel *congregando* dicitur. Nam ut hoc uerbum *Concio*, *is*, a *Con* et *Cio* compositum, idem est, quod *conuoco* uel *congrego*: ita *Concio* nomen ab illo deriuatum, et ob id cum *c*, scribendum significat

¹⁰ Cf. J. Costas Rodríguez, «El latín renacentista en Ambrosio Morales», *Helmántica* 32, 1981, 201-213.

¹¹ *Minerva seu de Latinae linguae causis et elegantia*, Lugduni 1562 (ed. de E. del Estal, Salamanca 1975), p. 63.

¹² *Arte para en breve saber latín en Opera omnia*, I, p. 231 (ed. de Mayans, Genevae, Fratres de Tournes 1766).

primum *congregationem populi ad audiendum oratorem concionantem conuocati*¹³.

Grafías como *celum*, *coelum*, es bien sabido que remontan a etimologías tales como *celare* o griego *koilos*¹⁴. *Author* se cree derivado de gr. *authentēs*, etc.

Algo por el estilo se puede decir sobre la —*p*— epentética, que algunos —entre ellos Lambino y el Brocense— consideran corrupta en todos los casos y por ello no la escriben¹⁵, frente a la actitud de otros que advierten de tal error:

Por fiarse de los Impressores Lambino, tiene la heregía de la *p*, que quita a *emptus*, y *emptio*, y otros semejantes, porque no la ay en *emo* y *redimo*¹⁶.

Partimos, pues, de la consideración del carácter eminentemente escolar del latín renacentista: el latín durante el Renacimiento fue una lengua *elitista*, y de ello son buena prueba las siguientes palabras del cardenal Pietro Bembo (1470-1547), secretario (*ab epistulis*) del Papa León X, exquisito prosista latino y adalid de los ciceronianos¹⁷:

«Il che a noi avviene della [lingua] Latina, che non dalle nutrici nelle culle, ma da maestri nelle scuole, e non tutti, anzi pochi l'apprendiamo: e presa, non a ciascuna ora la usiamo, ma di rado, e alcuna volta non mai [...] che a noi la volgar lingua, non solamente vicina si si dee dire, che ella sia, ma natia e propria, e la latina straniera. Che si come i romani due lingue aveano, una propria e naturale, e questa era la latina, l'altra straniera, e quella era la greca, cosí noi due

¹³ *Methodus oratoria; item et de sacra ratione concionandi libellus. Valentiae, Ioannis Mey, 1568, p. 256.*

¹⁴ La etimología *celare* (y *chaos*) ya desde Varrón, *ling. V*, 18 ss.

¹⁵ Cf. J. M.^a Núñez, «La pronunciación escolar del latín renacentista», *Actas del VII Congreso de EE.CC.*, Madrid 1989, III, p. 618 s.

¹⁶ Antonio Agustín en carta a Jerónimo Zurita de 28-8-1576, *apud* Dormer-Ustarrroz, *Progresos de la Historia de Aragón*, Zaragoza 1878, p. 447.

¹⁷ Los escritos de este humanista han sido tomados como modelo por Sabbadini, Norden, Zielinski, etc., para caracterizar el latín de los ciceronianos. Recibió la censura de Erasmo por sus «paganismos» léxicos.

favelle possediamo altresí, l'una propria e naturale e domestica, che è la volgare, istrana e non naturale l'altra, che è la latina»¹⁸.

2. *Litterae Latinae pessum datae*

Petrarca (1304-1374) comparaba el latín de los escolásticos con un árbol ajado¹⁹. El significado de la imagen aparece constantemente bajo una u otra forma en los escritos de los siglos XV y XVI, constituyendo ya un tópico: la Edad Media supuso la corrupción total del latín.

La postración de las letras latinas²⁰ fue debida al contacto con pueblos bárbaros e incultos y su comienzo varía de unos autores a otros.

Para Lorenzo Valla, comenzó con la toma de Roma por los bárbaros:

Postquam hae gentes [Gothi et Vandali] semel iterumque Italiae influentes Romam ceperunt, ut imperium eorum ita lingua quoque, quemadmodum aliqui putant, accepimus et plurimi forsan ex illis oriundi sumus, argumento sunt codices gothice scripti, quae magna multitudo est, quae gens scripturam romanam depravare potuit, quid de lingua putandum est?²¹

¹⁸ *Prose della volgar lingua*, 1525 (Milán, Sonzogno 1880, I, p. 145).

¹⁹ Cit. por Norden, *Die antike Kunstprosa*, Stuttgart 1958⁵, p. 773. Recuérdese, por otra parte, sus palabras «velut in confinio duorum populorum» etc.

²⁰ En realidad ya S. Isidoro realiza una censura de este tipo (*orig.* IX i, 67: «Latinas autem linguas quattuor esse quidam dixerunt, id est Priscam, Latinam, Romanam, Mixtam [...]. Mixta, quae post imperium latius promotum simul cum moribus et hominibus in Romanam civitatem inrupit, integritatem verbi per soloecismos et barbarismos corrumpens». Siguiendo este pasaje, como observa M. Tavoni, *Latino, grammatica, volgare. Storia di una questione umanistica*, Padova 1984, p. 230, Guarino de Verona insiste ahora ya en la corrupción total de la lengua latina: «Quarta deinde mixta quaedam emersit seu potius immersit lingua, quam rectius corruptelam linguae quis dixerit. Irrumpentibus nanque per varias tempestates gentibus in Italiam, quaedam sicuti colluvio sordium et polluta barbaries confluit inquinata loquentium».

²¹ *Elegantiae latini sermonis*, I, III, *praef.* (ed. Argentor., 1517), f. 76v (cit. por Norden, *op. cit.*, p. 770, n. 1).

De la misma opinión es Luis Vives (1492-1590):

[...] usque ad urbem a Gothis captam dirutamque. Postea nulla oratio populi quidem fuit Latina, sed Barbara, nempe Gothica aut Vandalica²².

Alfonso García Matamoros (m. 1572), que sigue casi al pie de la letra a Vives, adelanta, sin embargo, el *terminus post quem*:

Nam Val. Maximum, Senecam, Quinctilianum, et eos qui usque ad Vespasianum Caesarem scripserunt, in hoc aetatis albo non scribam [...]. Et illi itidem, qui usque ad Gordianum minorem pervenerunt, linguae iam Latinae corruptae peculiarem aetatem constituerunt. Minores deinde sequuti sunt auctores inter quos referuntur Lactantius, Donatus, Macrobius, Boetius, et complures alii usque ad urbem captam. Postea nulla quidem oratio populi Romani Latina fuit sed barbara, nempe Gothica, aut Vandalica²³.

Esta última censura está en la línea seguida por una buena parte de los que han dado en llamarse «ciceronianos moderados»²⁴, pero que en realidad resultan la continuación natural de los más radicales. Nos referimos, por ejemplo, al caso de E. Dolet, quien salió en defensa de su reverenciado Longueil²⁵, satirizado por Erasmo en su *Ciceronianus*; para este humanista, los autores posteriores a Cicerón pueden haber utilizado las mismas palabras correctamente latinas, pero cometen faltas de sintaxis:

Latine loquatur Liuius, Plinius uterque, Quintilianus, Gellius, Columella, Vegetius, Vitruuius, Seneca: non aliis tamen uerbis, atque Cicero, utuntur, sed aliter compositis, hiulce

²² *De ratione dicendi*, Brugis 1532 (ed. de Mayans, *Opera omnia*, Valentiae 1782, I, p. 95).

²³ *De tribus dicendi generibus*, Compluti 1570 (*Opera omnia*, Matriti 1769, p. 439 s.).

²⁴ Cf. *infra*, § 6.

²⁵ *De imitatione Ciceroniana, aduersus Desiderium Erasmum Roterodamum, pro Christophoro Longolio*, Lugduni 1535.

saepe et uaste contextis, nec ad numeros latinus, et germanam linguae latinae phrasim cadentibus²⁶.

En el mismo sentido puede entenderse la *censura* de Antonio Agustín (1517-1586), educado en Bolonia, donde trabó amistad con Bembo, P. Manuzio y otros humanistas de la época²⁷:

[...] Quanto a la elegancia de Cornelio Tácito, ya u.m. confiessa que es duro, y notado por Salustiano, y Salustio por imitador de Catón. Añade u.m. que tiene mucho del lenguaje que se usava en su tiempo; y esso mismo es lo que yo llamo baxo estilo no imitar a Cicerón, y usar de la lengua plebeya, y corrompida de su tiempo, como se vee en los de su tiempo, en los dos Plinius, y Suetonio, y Quintiliano, y assí usa de las palabras *miraculum*, *poenitentia* [...] ²⁸.

Y de esta misma opinión parece participar también el Brocense²⁹; en cambio, extiende un poco más la época «incorrupta» J. L. Strebée³⁰, a quien sigue, por ejemplo, A. Sempere³¹, el cual deja bien claro que es Quintiliano el inductor de estas censuras:

Vsitata verba sunt, quae tempore Ciceronis ad Imperium Domitiani in usu frequentissimo fuerunt. Quanquam haec ita se habent, ut quanto prop<r>ius accedant ad saeculum Tullianum, tanto sint usitatiora. Quod non obscure Quintilianus ostendit; cui causas corruptae Eloquentiae iam tum inquirenti sermo Latinus amisisse uidebatur pristinum illum suum nitorem³².

²⁶ *De imitatione... op. cit.*, p. 59.

²⁷ Cf. Juan M.ª Núñez, «Bolonia y el ciceronianismo en España: J. Ginés de Sepúlveda y Antonio Agustín», *Estudios sobre los orígenes de las universidades españolas*, Valladolid 1988, 205-220.

²⁸ Carta a Jerónimo Zurita, *apud* Dormer-Ustarroz, *Progresos de la historia de Aragón*, *op. cit.*, p. 479.

²⁹ *Arte para en breve saber latín*, *op. cit.*, p. 227; «Los antiguos Gramáticos Latinos viendo que la pureza de la lengua Latina, después de los tiempos de Augusto César, iba de caída [subrayado nuestro], comenzaron a reducir a arte la gravedad de los passados, porque no se perdisse». *Minerva*, Salmanticae 1587, f. 153r: «quod» *particula prima linguam latinam post Ciceronem aureum saeculum ausa est deturpare*.

³⁰ Cf. *infra*, p. 251.

³¹ *Methodus... op. cit.*, p. 20: «Vsitata verba sunt, quae tempore Ciceronis ad Imperium Domitiani in usu frequentissimo fuerunt».

³² *Methodus... op. cit.*, p. 20.

Retengamos por tanto que los límites de la época de la lengua latina considerada «incorrupta» difieren de unos humanistas a otros, aunque los menos radicales consientan en extender las fronteras del estado de lengua acotado como «no corrupto» hasta Boecio.

3. *Ad litteras Latinas instaurandas*

Vives nos cuenta cómo fueron los italianos quienes con más ahínco se dedicaron a la empresa de *restauración* de la lengua latina:

In linguis funditus deiectis ac pessumdatis instaurandis atque erigendis cunctum illorum [Italorum] studium consumptum est³³.

Pero ¿cómo llevar a cabo esta empresa? La respuesta parece unánime: mediante la *imitación*³⁴ de los modelos clásicos. Y es que durante el Renacimiento cobran una gran fuerza las concepciones *anomalistas* de la lengua. El principio quintiliano *grammatica non ratione nititur sed exemplo* parece ser el lema de Nebrija³⁵. Julio César Escalfigero asegura:

Ac tametsi non est imitatio necessaria: non enim primi quem sequerentur, habuere: nostrum tamen maximae parti expetenda videtur: qui tempestatum iniuria in lingua patria peregrini sumus³⁶.

³³ «De causis corruptarum artium», en *De Disciplinis libri XX*, Antuerpiae 1531, fol. 53v.

³⁴ Sirva de referencia el hecho de que el propio Erasmo, con su diálogo *Ciceronianus* (utilizamos la ed. de A. Gambaro, *Il Ciceroniano o dello stile migliore*, texto latino crítico, traducción, etc., Brescia 1965) no intenta apartar de la imitación, sino enseñar cómo se ha de hacer rectamente. En Carta a J. Ulatten, que sirve de prefacio al diálogo (ed. cit., p. 8): *Visus itaque sum mihi rem facturus nec inutilem ad pietatem, et studii adolescentiae conducibilem, si lucubratiunculam unam huic rei darem, non ut eloquentiae candidatus a Ciceronis imitatione deterream: quid enim insanius? sed ut ostendam quo pacto fieri posset, ut vere Ciceronem exprimamus.*

³⁵ Cf. F. Rico, *Nebrija contra los bárbaros*, Universidad de Salamanca 1978, p. 133.

³⁶ *Poetics libri VII*, Lyon 1561, p. 214.

Y también el Brocense está en esta línea:

Si ulla esset natio quae pure Latine loqueretur, non dubito, quin apud illos Latina facilitas loquendi perdisceretur. Sed nunc soli sunt libri ad quos recurrendum est, si pure latine scribere velimus³⁷.

Pero si en la necesidad de la imitación, como medio de hacer renacer la *latinitas*, está de acuerdo el común de los humanistas, surge, sin embargo, la discrepancia a la hora de determinar qué autores no son sospechosos de estar contaminados por la barbarie.

Es necesario y previo determinar en qué época se habló un latín puro, dirá L. Melanchthon (1497-1560):

Cum hoc tempore tota nobis Latina lingua ex libris discenda est, facile iudicari potest necessariam esse imitationem, ut certum sermonis genus, quod ubique et omnibus aetatibus intelligi possit, nobis comparemus, quis enim intelligit istos, qui genuerunt novum quoddam sermonis genus, quales sunt Thomas, Scotus et similes, *certa igitur aetas autorum eligenda est, qui propriissime et purissime locuti sunt*³⁸.

Ahora bien, la elección de la época depende de la opinión de cada uno acerca de la fecha en que la lengua latina comenzó a *corromperse*. Y hemos visto que éstas difieren largamente de unos a otros.

4. *El latín de los ciceronianos*

No son los primeros que polemizaron sobre la imitación de Cicerón³⁹, quienes mejor nos ilustran sobre los «principios ciceronianos», sino sus epígonos y ello porque los primeros enfocaron la cuestión desde puntos de vista filosóficos (Pico della Mirandola) y estéticos (P. Bembo). La causa de la imitación de Cicerón aparece claramente expresada por E. Dolet⁴⁰:

³⁷ *Minerva*, op. cit., fol. 268v.

³⁸ *Elementa rhetorices* 1519, p. 493 (cit. por Norden, op. cit., p. 767).

³⁹ Cf. Sabbadini, *Storia del ciceronianismo*, op. cit.

⁴⁰ *De imitatione ciceroniana*, op. cit., p. 58.

Vt intelligas, primam imitationis partem, si splendidam et pura uerborum copia atque ubertate constare putemus, non aliunde, quam a Cicerone eam aut quarendam esse, aut comparandam: in quo nihil nouum, nihil Romani sermonis principum iudicio non comprobatum.

Los más radicales, los llamados ciceronianos, sólo concederán la cualidad de *latinitas* a los autores de antes de «los tiempos de Augusto César», es decir, a los del *tiempo de Cicerón que era el estado de la perfección de la lengua latina*⁴¹, *aurea illa Tulliana aetas et elegantia*⁴².

Este radicalismo suponía una evidente restricción del léxico, pues toda palabra no empleada por Cicerón o algún autor de su época caía bajo el anatema de barbarismo:

«ahunque bien veo que v.m. se esfuerza en usar de otros términos, o Ciceronianos, que son los que yo digo que agora se usan, y están más estimados, o de Fórmulas de Tablas de Leyes, y Senatus consultos, y acciones, y éstas usándose a menudo ofenden, a ratos parecen bien. El *Nutricius pueri*, no es Ciceroniano; pero siendo de César y Varrón se sufre alguna vez. Educator, y Alumnus, y Magister son de Cicerón»⁴³.

Tampoco se admite la creación de neologismos; y ello le valió a Vives la censura del Brocense:

Nec satis possum admirari doctissimum Ludovicum Vivem, qui tam audacter, tamque praeter aequum et decens, tot finxerit vocabula in sua *Exsercitatione linguae Latinae*. Nihil enim nunc bene dicitur Latine, nisi tantum illud quod in libris politioris Latinitatis inuenitur. Dum lingua illa vigebat, licebat doctis, et peritis (si modo usus id compararet) aliquas voces inuenire et in vulgum propalare [...] minime licet verba fingere, nec Latinae linguae quicquam addere, quod ex libris Latinorum non fulciatur⁴⁴.

⁴¹ Carta de A. Agustín a Zurita, *apud* Dormer, *op. cit.*, p. 454.

⁴² *Idem* en carta a Pedro Ruiz Moro *apud* C. Flores, *Epistolario de A. Agustín*, Salamanca 1980, p. 116.

⁴³ Dormer, *op. cit.*, p. 444.

⁴⁴ *Opera omnia*, ed. cit., II, p. 116.

La prohibición alcanza incluso a la formación de palabras derivadas:

H.—Veo que en Valencia le reprehendieron aquel vocablo *professor* porque no estaua en Cicerón. P.—Pues no te acuerdas que a los mismos les reprehendí yo, que usauan *historiographus* y *tomus secundus* que no están en Cicerón. H.—Eso era dar y recibir, pero no defenderse. P.—Antes me defiendo como el mismo Nizolio, con su contrario M. Antonio Maiioragio, que dize que bien puede usar vocablo que guarde la *analogia* latina, pues ya vees que en Cicerón se halla *profiteor*, *profiteris*, *professum sum* y como de *scripta*, último supino saca Cicerón *scriptor*, assí yo de *professum*, *professu*, *professor*, por analogía. Quise más llamarme con humildad bárbara, *professor* que no con soberbia ciceroniana *doctor*, porque aquel papel imprimíale para el pueblo, que no sabían qué era Cicerón hasta que yo llegué: y leyendo en mi papel que venía un *doctor linguarum* dixeran que era locura doctor en Gramática. Assí me llamé *professor linguarum*, y quando ya aurá muchos ciceronianos, mudaré el nombre, pues no escandalizará⁴⁵.

Los más radicales llegarán incluso a despreciar aquellas formas de un paradigma no documentadas en el siglo de Cicerón. Esto último que será objeto de burla en el *Ciceronianus* de Erasmo⁴⁶ y que por ello pudiera parecer hiperbólico, es sin embargo lo observado por el Brocense⁴⁷ a propósito de las formas *spebus*, *orium*, etc.

Este rígido criterio va a darle una características paganizante al latín de los renacentistas (como veremos más adelante no sólo los

⁴⁵ J. L. Palmireno, *De imitatione Ciceronis*, Zaragoza 1560, h. 48r.

⁴⁶ En efecto, Nosopono —el personaje que encarna al ciceroniano y en quien todo el mundo creyó ver caricaturizado a Longueil— aplicará el criterio anomalista —*Non magnum est grammatice dicere, sed diuinum est Tulliane dicere* (op. cit. l. 1265)— a la hora de confeccionarse su léxico, procediendo de la siguiente manera: «*amo*, *amas*, *amat* sit enim hoc exempli causa dictum apud Ciceronem inuenio: at *amamus* et *amatis* fortasse non inuenio, *ibid.* 268 s.).

⁴⁷ Cf. *Minerva*, op. cit., edit de Scipius & Perizonius, p. 483, la nota de los editores: *Nam non sine vitio diceretur «spebus», «orium».*

ciceronianos participan de ésta)⁴⁸. De esta manera, *fides*, *salvator*, *passio*, etc. se verán reemplazados por *persuasio*, *servator*, *perpassio*, etc. El Papa será el *Pontifex Maximus*; Dios, el Dios cristiano, aparecerá en plural en los escritos de un hombre nada sospechoso de «paganismo» como es Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona⁴⁹, en expresiones del tipo *si diis placet*, etc. Este mismo autor elude el término *archiepiscopus* mediante la perífrasis *qui Caesaraugustanis sacris prae-ficit*. Para los meses de julio y agosto utiliza los más antiguos (ciceronianos) de *Quintilis* y *Sextilis*; las navidades son los *Saturnalia*. El término *doctor* ya evolucionado semánticamente para significar un grado académico (cf. *supra*), recobra su sentido etimológico (agente de *docere*):

ego post paucos (ut existimo) dies doctor appellabor, qui numquam habui, habiturus sum discipulos⁵⁰.

De ahí que el *Primarius Latinae, Graecaeque linguae doctor* que aparece acompañando el nombre del Brocense en las portadas de sus libros, no signifique otra cosa que el *Catedrático de prima de lingua latina y griega*⁵¹ que aparece en la licencia de la misma obra.

Pero no sólo era el léxico o la morfología, sino también la sintaxis la que veía reducida su capacidad productiva:

Nostra aetate quidam ridicule sese alligant imitationi tamen, nec in verbis solum Latini sermonis et Graeci, quod necessarium est, propterea quod eae linguae amissae in vulgus monumentis veterum authorum continentur ac conservantur, sed in phrasi, quod minime est necessarium, quippe collectis e lectione vocabulis, et loquendi formulis, tamquam lignis et lapidibus, sic unusquisque extruere orationem potest⁵².

⁴⁸ Cf. *infra*, § 7.

⁴⁹ Cf. J. M.^a Núñez, *Bolonia y el ciceronianismo... art. cit.*, pp. 218 ss.

⁵⁰ *Epistolario*, ed. cit., p. 103.

⁵¹ En un principio había también utilizado el término de *professor*. Por esa razón no tiene sentido la traducción como *Premier Maître de Rhétorique et Docteur de Langue Grecque* de Geneviève Clerico [en su traducción de la *Minerva*, Lille 1982].

⁵² Luis vives, *De disciplinis*, *op. cit.*, fol. 54r.

Estas palabras de un «anticiceroniano»⁵³, nos revelan que todos los humanistas aceptaban —en principio— la imitación en lo que respecta al léxico y a las *loquendi formulae*, que eran recogidas en léxicos y diccionarios. Erasmo satiriza en su *Ciceronianus* la manía de los humanistas por proveerse de estos instrumentos⁵⁴. Palmireno recomienda «hazer te un abecedario de phrases bárbaras, emendadas desta suerte:

aliquis te quaerit, *Quidam te vult conuenire.*
amat te de bono corde, *Ex animo te diligit*⁵⁵.

La razón de ello parece estar, como ya dijimos, en la concepción *anomalista* de la lengua⁵⁶, que impedía apartarse del uso que los autores clásicos hubieran hecho de ella, y que en su versión más radical llegaba a no poder expresar el año en la data de las cartas; lo que será también objeto de la sátira de Erasmo⁵⁷, pero que parece ser la norma seguida por A. Agustín⁵⁸. Este predominio de la *anomalía* hace que Pedro Simón Abril (1540?-1595?) se plantee:

«[...] por qué se dize bien *agere cuniculos ad aerarium* y no *facere*, y por contrario *facere alicui insidias* y no *agere* [...]? A lo primero algún maestro gordo y bien peinado [...] diría que porque los unos destos son de una especie, y los otros de otra [...] y pensando dezir algo, no diría nada»⁵⁹.

Igualmente el Brocense:

Digo que el Latín de las artes de Gramática no aprovecha para hablar, ni escribir. Allende desto, ninguna cosa se habrá

⁵³ En realidad ni siquiera Erasmo se tilda asimismo de tal, pero para sus contemporáneos la postura de cada uno resultaba encasillada en uno u otro bando. Palmireno en su *De imitatione Ciceronis*, ed. de Valencia, 1573, p. 125: «Más porque siempre hay porfiados, que no quieren creer, oye lo que dize Luys Viues enemigo de Ciceronianos [...]».

⁵⁴ *Op. cit.* I. 1198 ss.

⁵⁵ *De imitatione... 1573, op. cit.*, pp. 119 ss.

⁵⁶ La renovación de la vieja polémica *anomalía/analogía* en el Renacimiento llamó ya la atención de O. Kluge, «Die neulateinische Kunstprosa», *Glotta* 23, 1935, 75.

⁵⁷ *Op. cit.* I. 1222 ss.

⁵⁸ Cf. J. M.ª Núñez, «Bolonía y el ciceronianismo...», *op. cit.*, p. 220.

⁵⁹ «Annotationes sobre algunas de las más fáciles epístolas de Tullio», *Epistolarum selectarum*, I. tres, Tudela 1572 (el texto completo puede verse en Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina, op. cit.*, II, pp. 347-359).

entre Gramáticos, que sea Latín. Barbarismos son: *Ego amo deum, homo bonus* [...] y otras mil maldades que porque no se queden encajadas no las digo⁶⁰.

Este planteamiento les llevará, pues, a imitar incluso aquello que Vives no consideraba ya conveniente, la sintaxis (en su sentido amplio de colocación de las palabras):

Ita igitur elegantes auctores, et probatos in loquendo debemus imitari, ut non modo verba quibus illi utuntur, usurpemus, sed etiam quamadmodum illi ea conjungunt, conjungamus⁶¹.

Si una *iunctura* tan, aparentemente, correcta como *ego amo deum*⁶², u *homo bonus* eran consideradas bárbaras, escribir en latín (*loqui latine, non barbare*) se iba convirtiendo en una empresa muy difícil. Así, por ejemplo, dice Abril, *facere gratiam alicui y acquirere illi odium* están compuestas por palabras ciertamente latinas, pero su modo de composición es bárbaro, pues en latín se dice: *dare gratiam alicui y parere illi odium*⁶³. Esta concepción explica la profusión de diccionarios de uso y de *iuncturae* tales como el *Thesaurus Ciceronianus* de Nizolio (Venecia 1538) o las varias ediciones de los *Apposita Ciceronis* de Pedro Juan Núñez.

Más que expresarse en latín, se trataba de una labor de reconstrucción arqueológica. Y fruto de esta tarea de reconstrucción (*instauratio*) es el descubrimiento de algo que va a complicar extraordinariamente la composición latina: la *oratio numerosa*, cuya implicación en el orden de palabras acarreará nuevas trabas a lo que ya no era fácil.

Los humanistas habían observado una diferencia entre el orden de palabras *naturalis* (el de sus lenguas maternas) y el *artificiosus* (el del

⁶⁰ *Opera omnia, op. cit.* I, p. 229. Palmireno en *El estudio de la aldea*, Valencia 1568, p. 212 dice: «*Bonus homo*». *Barbarum est [...] Nam Cicero numquam dixit «bonus homo», sed «bonus vir»*.

⁶¹ P. S. Abril, *Methodus Latinae linguae docendae atque ediscendae... Caesaraugustae*, 1589, p. 281.

⁶² El Brocense no explica por qué *ego amo deum* o *deus amatur a me* son construcciones incorrectas. Probablemente se deba a que la *iunctura «amare deum»* no estuviera documentada hasta el latín de los cristianos (cf. *Thll* s.u. *Deus*). Lo latino quizás sería *diligere*.

⁶³ *Methodus... op. cit.*, p. 281.

latín clásico): «a los principios no trastoques las palabras, sigue la orden natural, que es poniendo el vocativo primero, vt, *Tityre, coge pecus*. Y el nominativo primero que el verbo, vt, *alta lux aberat*. A los substantivos darás sus adiectivos, a los verbos sus aduerbios, y a las partes que rigen sus subiectos». Las palabras eran luego «trastocadas» según «dos reglas, que uan diuulgadas entre Gramáticos⁶⁴: la una es, poner el verbo a la fin de la cláusula: la otra echar siempre algo entre el substantivo y adiectivo»⁶⁵. Pero con el descubrimiento de la prosa métrica, «[...] falsa es la regla de poner el verbo a la fin. Y arriba hablando de los números para quitarte esa opinión te he traydo todos los exemplos finales de nombres. Digo, que el número y la collocación dan esa suauidad, y no las dos reglas del vulgo»⁶⁶.

En efecto, los humanistas habían descubierto a través de las *Institutiones* de Quintiliano y del *Orator* de Cicerón⁶⁷ que la norma del buen latín (*latinitas*), entendida como la que regía para Cicerón (*iam non hominis nomen, sed eloquentiae*)⁶⁸, exigía la consecución de la prosa rítmica. Esta cualidad, según Paolo Cortesi había sido ignorada hasta entonces (s. XV)⁶⁹. No sabemos si también Petrarca se referiría a ello cuando nos dice que, cuando todavía no era capaz de entender los escritos de Cicerón,

⁶⁴ Según Sabbadini (*Guariniana*, Torino 1964, parte 2.ª, p. 75 s.) «il Barzizza colpisce nel cuore la sintassi mediavale, [...] Ed è sorprendente che questa grande vittoria dell'umanesimo sul medio evo abbia avuto le sue modeste origini da quell'innocuo precepto di Quintiliano (IX, 45, 26) *verbo sensum cludere multo optimum est* che il Barzizza formula così: *laudatur oratio illa, quae in verbum saepius, quam in aliam partem orationis finitur*».

⁶⁵ Esta regla aparece ya en Iul. vict. *ars rhet.* cap. 20, p. 443 Halm: *inter nomina aut pronomina in eosdem casus cadentia nomen diversi casus interueniat*. Eneas Silvio en sus *Rhetorica praecepta*, Basilea 1551, p. 996 da como *praeceptum XIII: «inter adiectivum et substantivum aliquod mediare debet* (cit. Norden, *Die antike Kunstprosa, op. cit.*, p. 759, n. 1).

⁶⁶ J. L. Palmireno, *de imitatione...*, 1573, *op. cit.*, p. 129.

⁶⁷ Redescubiertos en la primera mitad del XV. Cf. Sabbadini, *La scoperta dei codici latini e greci ne' secoli XIV e XV*, Firenze 1905-1914, cit. por la ed. de E. Garin, Firenze 1967, vol. II, p. 78; vol. I, 100, 212.

⁶⁸ Quintiliano 10, 1, 112. Lema frecuente en los humanistas del Renacimiento.

⁶⁹ *De hominibus doctis*, p. 231 (cit. por Sabbadini, *Storia... op. cit.*, p. 34): *mea quidem sententia est orationem latinam numerosa structura contineri oportere, quae adhuc omnino a nostris hominibus ignoretur*.

sola me verborum dulcedo quaedam et sonoritas detinebat⁷⁰.

Entre uno y otro, L. Bruni también se refiere a esta cualidad del estilo ciceroniano, afirmando

Omnis igitur oratio suis pedibus commovenda erit, quos qui ignorat scribens, velut in tenebris ambulet necesse est⁷¹.

Pero, por las mismas razones que San Agustín justificaba su particular estilo, la empresa de *recuperación* del ritmo en la prosa latina (una faceta más de las *renascentes litterae*), basado en la alternancia de cantidades silábicas —que los *oídos renacentistas no distinguían*— va a suponer una fuente de conflictos: para quienes, aun siendo partícipes del afán renacentista, el latín era, ante todo, el vehículo exclusivo de comunicación cultural, la aplicación del *numerus* se convertía en un obstáculo insalvable. Para otros —los ciceronianos— la recuperación de la *latinitas* primaba sobre cualquier otra consideración, aunque el precio que hubiera que pagar significara no poder hablar en latín. No es de extrañar, pues, que sobre ello surgiera la polémica⁷².

Erasmus satiriza la actividad ciceronianista de aplicar el *numerus* en su tantas veces citada obra⁷³, sin embargo, en su *De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione*, que apareció encuadernado junto con la anterior en Lyon 1528, utiliza el *numerus* y la preceptiva antigua sobre el mismo como argumento de la necesidad de reproducir las cantidades, que, no obstante, en su época es algo que no se observa:

Si tum confundebatur longarum, ac breuium discrimen, quemadmodum hodie facimus, quorsum attinebat celebres et graues uiros tot voluminibus praecipere de numerosa dictione⁷⁴.

⁷⁰ W. Ruegg, *Cicero und der Humanismus. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus*, Zurich 1946, p. 10 (= *Wege der Forschung* XXVII, 1971, p. 67).

⁷¹ Cit. por Th. Zielinski, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*, Leipzig und Berlin 1912³, p. 346.

⁷² Sobre esta polémica tenemos ya preparado un trabajo, que esperamos dar pronto a la luz.

⁷³ *Ciceronianus*, *op. cit.*, p. 36.

⁷⁴ *Op. cit.*, p. 36.

Da la impresión de que Erasmo ha querido dejar constancia de que él conoce perfectamente esta cualidad del estilo ciceroniano, no se fuera a confundir su oposición a la aplicación de este ornato al latín de su época con la ignorancia del mismo⁷⁵.

No obstante, una gran parte de los humanistas se lanzará a la empresa de recuperación de este elemento del ornato, convertido ahora ya en norma de latinidad. A ello responden las obras monográficas *De electione et oratoria collocatione verborum* (París 1538) de J. Strebée (*Strebaeus*) y los *De numero oratorio libri quinque* (Venecia 1554) de I. Rapicio. A partir de éstas es raro el manual de retórica que no incorpore las normas para conseguir el ritmo de la prosa: P. de la Ramée, Fco. Sánchez de las Brozas, L. Palmireno, A. Sempere, etc.

Ya nos hemos referido a los efectos que este descubrimiento tuvo sobre la norma de latinidad, especialmente en lo que atañe al orden de palabras.

Vemos, pues, cómo algo que pertenece al estilo personal de un autor (Cicerón) es entendido como *norma de latinidad (estilo de lengua y no de autor)*. Esta es, a nuestro entender, la clave para poder comprender las polémicas sobre el estilo y la imitación durante el Renacimiento⁷⁶. Y su caldo de cultivo parece constituirlo «la renovación de la concepción *anomalista* de la lengua»⁷⁷. La imposibilidad, por tanto, de poder reducir a reglas, capaces de generar oraciones, la lengua latina. Esas y no otras serán las razones manifestadas por Sánchez el Brocense para afirmar que no se debe practicar la conversación latina⁷⁸.

Este principio anomalista es el responsable de que se imite el uso de quien, se cree, fue el mejor usuario y que provoque cosas tales

⁷⁵ Cf. la observación de D.F.S. Thomson («The Latinity of Erasmus», *Erasmus*, T. A. Dorey (ed.), London, s.a.p. 123, n. 20 = p. 137): «It is not generally realized that Erasmus made a serious study of Cicero's *clausulae*: sea *Opera omnia*, I, 975C and 1007E».

⁷⁶ Cf. *supra*, p. 236, A. Agustín: «llamo baxo estilo [...] usar de la lengua plebeyá y corrompida de su tiempo».

⁷⁷ Cf. O. Kluge, «Die neulateinische Kunstprosa», *Glotta* 23, 1935, p. 75.

⁷⁸ Cf. J. M.^a Núñez, «La descripción de los casos latinos por el Brocense: sus presupuestos teóricos», *Minerva* 1, 1987, 153-167. J. M.^a Núñez-C. Lozano, «*Latine loquillatine garrire* o del ciceronianismo de «el Brocense», *Actas del simposio internacional IV centenario de la publicación de la Minerva del Brocense: 1587-1987*, Cáceres 1989, 129-135.

como que el orden de palabras en el encabezamiento de las cartas sea necesariamente: *Nombre de remitente (nominativo)-nombre del destinatario (dativo)-fórmula S.P.D. (abreviada o no)*. Es sabido que Frontón invierte este orden (*destinatario-remitente*), en su correspondencia con los emperadores, probablemente *honoris causa*. Erasmo protestará porque los ciceronianos no admiten esta última variedad:

Idem (sc. *Ciceroniani*) non ferunt, si quis honoris gratia, nomen eius, ad quem scribat, suo praeferat, quod genus sit: «Carolo Caesari Codrus Urceus salutem»⁷⁹.

E. Dolet, en su defensa de Longueil, a quien todo el mundo identificó con *Nosopono*, personaje satirizado en el *Dialogus Ciceronianus* de Erasmo, dice que el francés escribiría así un encabezamiento:

Christophorus Longolius Francisco Valesio regi Galliae Sal.

Mientras que Erasmo:

Inclyto, uirtutibus omnibus illustrissimo, uictoriisque infinitis clarissimo, atque omnium potentissimo Ferdinando Boemiae regi, seruus humilimus, et uermiculus terrae, pauperculus monachus Erasmus, reiecto post tergum cucullo reuerenter et cum omni humilitate salutem plurimam dicit⁸⁰.

Es evidente que Dolet exagera —por lo que respecta al bátavo— pero no deja de mostrarnos dos concepciones y comportamientos diferentes ante el latín. Tanto las cartas de P. Bembo⁸¹ como las de Antonio Agustín⁸² reflejan el primer comportamiento. A este respecto resulta curiosa, por anecdótica, la defensa que de su estilo epistolar realiza Guarino de Verona (1370?-1460), ante su corresponsal, el príncipe Leonello:

Soleo in scribendis litteris prisco de more et ab huius aetatis hominibus doctis probato sic incohare: «Guarinus Veronensis

⁷⁹ *Ciceronianus*, op. cit., ls. 1225-7.

⁸⁰ *De imitatione ciceroniana, aduersus Desiderium Erasmus Roterodamum, pro Christophoro Longolio.*, edit. cit., p. 155.

⁸¹ Cf. la reciente edición: Pietro Bembo, *Lettere*, vol. I (1492-1507), a cura di E. Travi, Bologna 1987.

⁸² Cf. J. M.ª Núñez, «Bologna y el ciceronianismo en España: Ginés de Sepúlveda y A. Agustín», art. cit., p. 219.

d. Leonello sal. pl. d. [...] quod si meum humile sane nomen praeferrī improbas, quia tu antecedere, ego subsequi debeam, facile respondebo, non ideo subditum principi anteponi, qui in oratione verbum verbo praeponatur [...].

Y entre otras razones, arguye:

Adde quod hic scribendi tenor et ordo adeo tenaciter servatus est, ut minores magistratus et inferioris gradus mortales (immor-codd.) ad senatum romanum scribentes sese praeferre non dubitarint⁸³.

5. *El latín de los no-ciceronianos*

Lo que vamos a llamar latín de los no ciceronianos es el que más veces ha sido descrito, con la denominación de «latín renacentista» o «latín de los humanistas».

En efecto, en palabras de Eugenio Garin, «frente al latín medieval, que se define como bárbaro, es decir, gótico o parisino, se afirma otro latín, ajustado a los modelos clásicos. Este latín que —como dice explícitamente Platina [en el *Prefacio* a *Las Vidas*]— estaría integrado por la más fecunda tradición postciceroniana, incluidos los Padres de la Iglesia, se propone reivindicar los derechos de una lengua nacional romana contra la universalidad de una jerga escolástica (*el estilo parisino*) [...]. Con toda razón, De Sanctis llamaba la atención sobre la frase de Valla donde éste proclama *lengua nuestra* al *verdadero* latín, por oposición al *latín gótico* usado durante la Edad Media. Esta 'lengua romana nuestra' de los humanistas, que afirma sus propios caracteres tanto frente al latín clásico como frente al latín bárbaro, es [...] un latín nuevo donde la antigua complejidad es reemplazada por la agilidad moderna»⁸⁴.

⁸³ Sabbadini, *Guariniana*, *op. cit.*, pp. 209 ss. Cf. a este respecto la nota de Sabbadini *Ibid.*: «Anche Guarino però nelle lettere D 29 e 32, dirette alla Comunità di Verona, segue l'uso curiale della firma in calce, obbligatoria nella D 37, perchè scritta in volgare. I *Dictamina*, pur accogliendo l'intestazione all'antica, prescrivevano di mettere al primo posto il nome della persona più autorevole».

⁸⁴ *Medioevo y Renacimiento* (trad. de R. Pochtar), Madrid 1981, p. 92. Parecida caracterización puede verse en F. Blatt, «Die letzte Phase der lateinischen Sprache», *ALMA* 40, 1977, 65-75, especialmente p.75.

La «agilidad moderna» es, sin duda, uno de los rasgos caracterizadores más destacados por los críticos modernos y aun coetáneos del fenómeno estudiado. En efecto, frente a la *styli tarditas*⁸⁵ de que son acusados los ciceronianos, se oponía el modelo de latinidad representado por Erasmo⁸⁶, Vives, etc. (y antes Poliziano y Pico della Mirandola). En este sentido, de Erasmo decían los italianos que era *magis fecundus quam facundus*. Es decir que la agilidad se traducía en no respetar rigurosamente la *norma*.

El contraste «agilidad» —erasmiana—, «lentitud», «torpeza» —ciceroniana» resulta patente en una carta anónima —probablemente de Sepúlveda— y sin fecha, dirigida a Alfonso Valdés⁸⁷, de la que extractamos lo siguiente:

[...] Quanquam nescio, unde ista tarditatis opinio in Ciceronianos irrepserit, quos oportet ob stili lenitatem multo esse caeteris faciliores [...] Equidem fortasse fallor, tamen ita existimo difficillimum esse Ciceronianam maiestatem et magnificentiam assequi, sed difficilium multo Erasmicam facilitatem, leporem aculeos, sales exprimere. [...] Erasmi Dialogum huius argumenti [*sc. Ciceronianum*] cupio legere: eum si ad te rediit, brevi utendum ad me mittito. I nunc, et torporem meum accusa, qui haec ad te dederim ex tempore tam culta, tam Ciceroniana. Vale.

⁸⁵ Cf. Luis Gil, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid 1981, donde esta expresión tiene un significado distinto.

⁸⁶ D.F.S. Thomson, «The Latinity of Erasmus», p. 119: «Those who have best understood the relation between Erasmus the man and his style have always placed their finger on the rapidity and extemporaneity of composition which is the key to so much in him». Según pone de relieve este mismo autor, el propio Erasmo justifica su estilo por su propia naturaleza «*natura sum extemporalis et ad recognitionem mire piger. Et scis quam difficile sit pugnare cum natura... Neque illa M. Tullii myrothecia conueniunt iis qui ad docendum parati sunt uel religionis negotium tractant... Mystica postulant siccum quoddam dictionis genus...* [Allen, XI, 207 (3043)]», cit. por Thomson, *ibid.*

⁸⁷ Editada por A. Bonilla y San Martín, «Clarorum hispaniensium epistolae ineditae», *Revue hispanique* 8, 1901, 224 ss.

Claro está que la facilidad era debida a la falta de temor a caer en «barbarismo» o «medievalismo»⁸⁸, así como a la posibilidad —negada para los ciceronianos— de poder acudir a cualquier *fuentes* de vocabulario, incluso al neologismo, siempre que «guarde la analogía latina».

La razón era que para Erasmo o Vives, el latín era, ante todo, un instrumento universal de comunicación⁸⁹, frente a otros como Fco. Sánchez el Brocense, quien censuraría a Vives precisamente por acuñar nuevos vocablos⁹⁰. Pero, claro está, para este profesor de la Salmanticense, el latín era ya más bien objeto de estudio:

Non discimus Hebraea vel Graeca, ut loquamur, sed ut docti efficiemur. Quir igitur in Latinis non idem efficiemus, quandoquidem iam nulla natio est quae Latine aut Graece loquatur?⁹¹

Es a este contraste al que se refiere A. Fontán, cuando, pensando en Erasmo, dice:

«Su lengua —su latín— se construye merced a la tensión entre los dos polos de la imitación de los antiguos —despiezados y papeleteados en los tratados *De copia* y en las colecciones de *Adagia*— y las exigencias de una aplicación a la vida social e intelectual de su época creando léxico y expresiones adecuadas a estas exigencias sobre el modelo de lo que habían hecho los romanos al adoptar, en la gran época clásica, la cultura griega»⁹².

6. *El latín de los ciceronianos moderados*

El espíritu renacentista es común a todos los humanistas. Todos comparten la idea de la degradación del latín y de la necesidad de

⁸⁸ Sabbadini, *Storia del ciceronianismo*, *op. cit.*, 59: «Erasmo si era formato un genere di scrivere che, pur rispettando scrupolosamente la grammatica, offendeva la pureza latina, e sempre portaba una certa impronta di libertà; ma era una libertà geniale e in quel latino abbastanza impuro si può scorgere la produttività e la vena inesauribile della mente d'Erasmo».

⁸⁹ Cf. Vives, *De disciplinis*, Amberes 1531, fol. 96v.

⁹⁰ Cf. *supra*, p. 239.

⁹¹ *Minerva*, Salamanca 1587, fol. 267r.

⁹² *Humanismo romano*, Barcelona 1974, p. 268.

restaurarlo. El rigor o radicalismo en esta empresa había engendrado el fenómeno del *ciceronianismo*, que, lejos de ser un hecho aislado, tuvo una extensión mucho más grande de lo que generalmente se cree⁹³.

Pero, por otra parte, el latín era la lengua científica, el instrumento de comunicación de los hombres cultos y la aplicación rigurosa de los principios «restauradores» [= imitación de la lengua clásica] suponía la «lentitud», la falta de agilidad o incluso torpeza, tal como atestigua el propio Erasmo:

Quod accurate factum velimus, raro faciendum est. Hac ratione duci videntur Itali quidam eruditi, qui licet pulcre calleant Latine, tamen vix umquam adduci possunt ut in familiaribus congressibus Latine loquantur. At si quando compellit necessitas, dicunt exacte, quasique de scripto⁹⁴.

Con la denominación de «ciceronianos moderados»⁹⁵ se ha dado en llamar a aquellos humanistas que, aun aceptando las tesis de la imitación del mejor usuario de la lengua clásica, no quieren renunciar a seguir utilizando el latín como vehículo de la expresión culta (sobre todo escrita).

Así, por ejemplo, Strebée, autor de un tratado sobre la *collocatio uerborum*, donde exhorta y da preceptos para la utilización del *numerus oratorius*, elemento éste en extremo «retardador» y contrario a la «agilidad»⁹⁶, después de realizar una *censura auctorum*, según la cual

⁹³ Cf. I. Scott, *Controversies over the imitation of Cicero*, New York, 1910, p. 124: «As a final conclusion of the present study the following deductions are drawn. At the close of the sixteenth century the Renaissance spirit in general had furnished to the schools as the aim of education the mastery of the Greek and Latin languages, but the cult of ultra Ciceronians had wielded so great influence that that aim, so far as Latin was concerned, had degenerated into the purely imitative treatment of the authors studied, among whom Cicero was given by far the greatest prominence».

⁹⁴ *Apophthegmata per Desiderium Erasmum Roterodamum*, en *Opera omnia* IV, Lugduni Batavorum 1703, col. 363. El Brocense aprovechará este testimonio de Erasmo para apoyar su tesis de «qui latine garriunt corrumpunt ipsam latinitatem».

⁹⁵ Utiliza esta expresión, entre otros, Emile V. Telle, *L'Erasmianus sive ciceronianus d'Etienne Dolet*, *op. cit.*, p. 426, a propósito de Budé.

⁹⁶ No sin razón, Vives arguirá en contra de su utilización moderna (i.e. de su «restauración»), porque *populus concentum intelligit, numeri censuram non intelligit (De disciplinis, op. cit., fol. 52r.)*.

a temporibus Syllae dictatoris ad imperium Domitiani sermo latinus in integritate mansit, nisi quod posteriores iam propiores erant vitio quam sanitati. Qui tum scriptores floruerunt, eos et veteres et imitandos esse censemus. Iuniores omnes habemus inter novos, et impurius esse locutos arbitramur,

declarará que no es tan radical como los ciceronianos:

Non sum tamen in ea opinione, in qua recentiorum quidam ridicule superstitiosi et sunt et fuerunt: Nullum omnino verbum usurpandum esse putant, nisi quod apud Ciceronem invenitur⁹⁷.

Respecto a los neologismos se llegará a la fórmula de compromiso de incluir una apostilla del tipo *ut ita dicam, sic dixerim, si licet dicere*; etc. J. Lipse, criticando el estilo de Bembo le espetará —a propósito de su abuso de las perifrasis para referirse a conceptos o cosas no conocidas por el latín clásico—:

senatus Venetus dono misit Aloysio regi Gallorum aquilas sexaginta ex earum genere quibus in aucupio reges consueverunt. quid «aquilas»? ita «falco» tibi dicere religio est? [...] quin, malum, exprimis et res novas novo aliquo nomine dicis? si puritati sermonis tui metuis, adde «ut vulgo dicimus» [...] ⁹⁸.

Esta misma forma de pensar encontramos en humanistas tales como A. Sempere, J. L. Palmireno, F. Sánchez el Brocense, P. de la Ramée, etc. Era como puede verse la única salida ante la *razón renacentista* esgrimida por los ciceronianos y, en principio, por todos, aceptada.

7. *El latín de L. Valla, Erasmo, Vives, etc.*

Cuando descendemos en nuestra encuesta a personalidades individuales de la talla de las mencionadas arriba, resulta difícil el encasillamiento en alguna de las distintas tendencias. Incluso con Erasmo, pues

⁹⁷ *De electione et oratoria collocatione uerborum*, lib. II, Parisiis 1538, fol. 43s.

⁹⁸ En una carta a Janus Dousa, cit. por Norden, *Die antike Kunstprosa, op. cit.*, p. 775 s.

como muy bien ha visto A. Gambaro «quando nei suoi *Adagia* e nel suo epistolario usa talora i vocaboli *caelites* o *superi* o *dii*, per significare Dio, come sappiamo che se ne valeva il Bembo a nome del papa, e adopera sia in quella raccolta ragionata, sia in altri scritti e in molte lettere espressioni riecheggianti la mitologia pagana, si fa reo dello stesso vizio che egli condanna fieramente nei ciceroniani»⁹⁹. Esa misma contradicción es la que encontramos a propósito del metricismo en la prosa (cf. *supra*). El caso de Valla, en cambio, resulta más controvertido, dado que ha sido colocado del lado de los «anticiceronianos», por quien mejor ha sabido trazar la historia de este movimiento, R. Sabbadini, y tal caracterización no parece haberse discutido nunca¹⁰⁰. Lo cierto es que Valla fue efectivamente tildado de «enemigo de Cicerón» por su oponente Poggio Bracciolini, pero por razones sin duda alejadas de las de la crítica literaria¹⁰¹. La respuesta de Valla fue, tal como ha puesto de relieve Camporeale «que Quintiliano es mejor profesor que Cicerón para enseñar cómo imitar a Cicerón»¹⁰². Y, curiosamente, será Valla quien en su *Apologus*¹⁰³ censure a Bracciolini sus faltas contra la *latinitas*. Su criterio para elaborar las *Elegantiae* es el propio de un ciceroniano, al menos en su programa¹⁰⁴. Según Tunberg, que ha estudiado el latín de los *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*¹⁰⁵ «in general, however, Valla's theoretical point of view might be summarised as follows. The best models for Neo-Latin prose are the prose authors from the periods of Cicero and Quintilian. On the

⁹⁹ *Il ciceroniano, op. cit.*, p. LXXX s.

¹⁰⁰ La caracterización de Valla como ciceroniano por G. Devoto no es más que un error anecdótico. Cf. J. M.^a Núñez-C. Lozano, «Latine loqui/garrire...», *art. cit.*

¹⁰¹ Cf. S. I. Camporeale, *op. cit.*

¹⁰² *Op. cit.*, p. 94: «sentio, ne alia attingam quae ad utriusque laudes pertinent, neminem posse neque Quintilianum intelligere nisi Ciceronem optime teneat, nec Ciceronem probe sequi nisi Quintiliano pareat».

¹⁰³ Cf. Camporeale, *op. cit.*, p. 473 ss.

¹⁰⁴ *Elegantiae*, I, p. 47: *Sed ego ad altiora ducente stylo transeo, et ad ea quae oratorum magis sunt, quam grammaticorum, et magis latine eleganterque loqui volentium, [...] in hoc potissimum loco exsequamur rem dignam auribus studiosiorum, de exactissima antiquorum latinitate et elegantia a M. Cicerone, Marcoque Fabio Quintiliano praecipue observata, duobus luminibus, atque oculis cum omnis sapientiae, tum vero eloquentiae latinae.*

¹⁰⁵ *Art. cit.*, p. 34.

whole, late Latin writers should not be imitated. Poetic language should be avoided in cases where it departs from what is acceptable in prose». Pero parece que no era contrario a los neologismos, si es que hay que interpretar así el siguiente texto¹⁰⁶:

Et certe necesse est ut docti aliquando constituent quibus vocabulis appellande sint ee res que non ita multo superioribus temporibus sunt excogitate. Non enim exhausta sunt mortalitatis ingenia; quod haud dubie fatendum est, nisi invidemus laudes nostras proxime accedere ad solertiam antiquorum in multis, et si non omnibus, honestis atque utilibus.

También resulta controvertido si Valla consideraba el latín como una lengua viva o no¹⁰⁷. Pero la razón de todo ello es el tratar de encasillar en bandos a los humanistas. Entonces es cuando surge la controversia, porque en realidad su actitud ante la lengua latina es, generalmente, un proceso, aunque, a veces, tomen posturas a favor de unos o de otros. Así, por ejemplo, se ha subrayado el hecho de que Erasmo, cuando todavía se encontraba en el convento agustiniano de Steyn —a los 22 años de edad—, apoyaba la causa de Valla frente a la de Bracciolini¹⁰⁸; pero, cuando Erasmo defiende a Valla, frente a Poggio, no lo hace colocándose en el bando de los no-ciceronianos. Más bien se diría que es al contrario: ante una de las críticas realizadas a Valla, la de su intemperancia con algunos personajes históricos de la cultura oficial, esto es, los gramáticos medievales, Erasmo le dará la razón en los siguientes términos:

Ego sane, quid in hos mordacius dixerit, non video, nisi forte eos viros praeclaros appellandos putabunt, quos ego barbarie duces vel praecipuos iudico, Papiam, Huguitionem, Ebrardum, Catholicon, Joannem Garlandum, Isidorum, caeterosque indignos etiam qui nominentur [...] Et quis tam exigui

¹⁰⁶ § I de sus *Gesta*, *op. cit.*, ed. de Besomi, cit. por Tavoni, *op. cit.*, p. 162.

¹⁰⁷ Dos estudiosos modernos, Tavoni, *op. cit.*, p. 161 ss., especialmente n. 90 de p. 164] y Camporeale [*op. cit.*, p. 190 s.] mantienen opiniones enfrentadas sobre este aspecto.

¹⁰⁸ Tal como ha sido puesto de relieve por A. Gambaro, *op. cit.*, p. XXVIII. Erasmo en carta a Cornelio Gerard, de julio de 1489.

animi est, cuius pectus tantis invidiae angustiiis concluditus, ut Vallam non et magnifice laudet, et amet quam maxime: qui tanta industria, tanto studio, tantis sudoribus barbarorum ineptias refellit, literas pene sepultas ab interitu vindicavit, prisco eloquentiae splendori reddidit Italiam¹⁰⁹.

Y de Poggio dirá que es más *loquens*, que *eloquens*, es decir, lo mismo que los italianos terminarán diciendo del Bátavo (*i.e. magis fecundus quam facundus*). Pero en ningún momento, en esta época todavía, surge la cuestión —en el texto citado de Erasmo— de la polémica Valla/Poggio sobre el ciceronianismo. Erasmo defiende a Valla de los ataques a su persona; no al anticiceronianista que quizás sólo existiera en la mente de Poggio Bracciolini, si es que esta polémica ha de interpretarse en el sentido que le dio Sabbadini, pues Valla en ningún momento niega la primacía de Cicerón como *orator*.

Caso parecido al de Erasmo es el del valenciano Luis Vives, quien en la crítica que realizará del ciceronianismo, a pesar de ponerse sin reservas de la parte de Erasmo, considera que tanto Paolo Cortesi como Longueil eran partidarios de una forma de ciceronianismo muy diferente a la que sigen éstos (?), los *ridiculi*:

quod recte praecipit Pau. Cortesius, qui aliam multo viam imitandi ostendit, quam isti sequuntur, [...] neque enim vult nos Ciceronis similes, ut simias, sed ut filios parentum [...] Eadem est sententia hominis omnium Ciceronianissimi Christophori Longolii¹¹⁰.

Y es que el verdadero escollo representado por los ciceronianos era el riesgo de invalidación de la lengua latina como instrumento *ágil* de comunicación:

Sed demus iam Ciceronis verba esse purissima [...] Sed quid in iis faciemus, de quibus non est locutus? Ut de aedificiis, de agro colendo, de rustico, aut urbano, aut bellico instrumento. Num tacendum erit?¹¹¹.

¹⁰⁹ Carta a Cornelio Gerard, de 1489, *op. cit.*, col. 3 s.

¹¹⁰ *De disciplinis*, *op. cit.*, 55r.

¹¹¹ *Ibid.*

También Melanchthon era ciceroniano para algunos de sus contemporáneos, mientras que para otros resultaba lo contrario¹¹². El rigor que Francisco Sánchez el Brocense había mostrado con Vives, por acuñar nuevos vocablos, se desvanece cuando en un caso concreto que a él se le presenta, roza los límites del absurdo:

Sonetta quur dixerim, et duplici «tt» scripserint reprehendor. Nam nouae voces aiunt prefatiuncula molliendaa sunt, «vt ita dicam», «vt ita liceat loqui», nonne ridiculus esset, qui sic loqueretur: «confero me Madritum, vt ita loquar»? «venio Burgis, vt ita dicam»? Aliud igitur est noua nomina inuenire, aliud inuentis vti, etiam si apud Latinos non inueniantur. Quur duo «tt». Quia sic scribunt Toscani nomina deminuta¹¹³.

8. Conclusión

El rasgo más propio del latín renacentista, aparte de su evidente carácter escolar, es el que, radicalizado, recibe el nombre de *ciceronianismo*. Y que, contemplado objetivamente, se plasma en cosas tales como la utilización de *Dii* —«dioses» en plural— con el valor de «Dios» —el dios cristiano— *Doctor* con el significado de *Professor*; perífrasis eludiendo terminología moderna, no encontrada en la época de Cicerón, etc. Rasgos en definitiva que caracterizan tanto el latín de Bembo, como el de Erasmo, con la única diferencia de que éste último hará concesiones a la *agilidad*, sin detenerse, en muchas ocasiones a corregir sus escritos.

Los rasgos caracterizadores del latín de los ciceronianos, son, a la vez, los más genuinamente *renacentistas* y pueden encontrarse en todos los humanistas, incluidos Erasmo y Vives. Los que caracterizarían el latín de los no-ciceronianos, esto es, la utilización de léxico post-ciceroniano, especialmente de la tradición patrística, etc., pueden aparecer igualmente en los escritos de Pietro Bembo¹¹⁴, por poner el

¹¹² I. Scott, *op. cit.*, p. 103: «It will be noticed that while Melancthon was highly incensed at Dolet's attack upon Erasmus, he was listed by Landi as a Ciceronian».

¹¹³ *Minerva*, *op. cit.*, fol. 265 v.

¹¹⁴ Cf. e.g. sus cartas, ed. de E. Travi, Bolonia 1987, c. 26: «*episcopatum* Urbina-tium», c. 176: «*Iulianum Cardinalem* tuum, Diis hominibusque approbantibus, Pontificem Maximum esse creatum», *ibid.*: «*episcopum*», etc.

ejemplo de uno de los ciceronianos más radicales. Compárese a este respecto la crítica que Valla hará de las «faltas» del latín de Poggio Bracciolini.

Por otra parte, los mismos ciceronianos pueden admitir que el rigor de la norma no atañe a la producción no estrictamente original, como pueda ser la traducción, o no estrictamente creadora, como pueda ser la redacción de tratados técnicos. En este sentido resulta ilustrativo el ejemplo del español Juan Ginés de Sepúlveda, ciceroniano confeso¹¹⁵, cuando afirma:

nec enim meus esse, dum aliena interpretor, nec in Aristotele exprimendo Ciceronianus esse magis quam Aristotelicus uideri uolo [...] quamquam ego satis Ciceronianus mihi esse uiderer, si, quod elaborauī, fuissem assecutus, ut in hoc scribendi genere plana et perspicua, quantum res patitur, oratione uterem. Res enim de quibus philosophi disserunt, ut Cicero ipse tradit dicere ornate uelle; puerile est¹¹⁶.

JUAN M.^a NÚÑEZ GONZÁLEZ

¹¹⁵ Cf. J. M.^a Núñez, «Bologna y el ciceronianismo en España...», *art. cit.*.

¹¹⁶ *Opera cum edita tum inedita, accurante Regia Historiae Academia*, Madrid 1780, III, p. 384 s.